

# Miércoles

Al mismo tiempo que cuatro yihadistas deciden que el atentado de Londres será este fin de semana, y a la vez que un grupo anarquista acuerda destrozar las cristalerías de Oxford Street durante la manifestación del sábado, Beth empuja una puerta roja y pesada en la Universidad de Cambridge.

Esperaba encontrarse con un gran despacho lleno de mesas y matasellos, con empleados que van de un lado a otro llevando paquetes y formularios. En lugar de eso, se encuentra ante un mostrador que resplandece bajo una luz blanca. Tras él, una mujer de mediana edad levanta la vista y le sonríe.

—¿Puedo ayudarle?

—Creo que sí. Vengo a depositar una tesis.

El trámite se resuelve con rapidez. Beth firma un par de formularios y entrega las dos copias encuadradas que llevaba en su mochila. En un momento están en sus manos, pesadas, picudas; al momento siguiente han desaparecido tras el mostrador.

—Pues ya está todo hecho.

—¿Ya?

—Ya.

La puerta vuelve a abrirse. Entran un soplo de viento frío y una chica de la edad de Beth, que les mira y pregunta:

—¿Es aquí donde se entregan las tesis?

Beth deja su lugar a la recién llegada y sale a la calle. Hace un día gris, indeciso. El manto de nubes borra cualquier pista acerca de la época del año. La estrecha calle se estira hacia el río como una cuerda rendida y vieja.

La puerta se cierra a su espalda, y Beth se recuesta en ella para cobrar conciencia de que aquello acaba de suceder. Que, por fin, tras cuatro años de probetas y mediciones, ha franqueado ese umbral. Ahora, aunque vuelve a encontrarse en una calle que ha cruzado miles de veces, también está en un sitio totalmente distinto. Se ha producido un cambio invisible pero fundamental en el orden del universo. O así, al menos, debería ser.

Beth suspira y echa a andar hacia Trumpington Street. Luego tuerce a la izquierda y enfila King's Parade. El eje de la antigua ciudad se despliega ante sus ojos: casitas estrechas de ladrillo marrón, negocios cuyos carteles chirrían con cada golpe de viento, los muros altos de varios *colleges*. A unos metros de altura, las estatuas de reyes y de santos lo contemplan todo, la muerte petrificada en sus labios.

—Hola, ¿está de visita? —dice un chico que le sale al paso cuando se encuentra a la altura de King's College. Lleva pantalones azules remangados hasta la rodilla y un chaleco abierto sobre una camisa blanca. Su flequillo se alza engominado, surfeable—. ¿Le apetece hacer un tour en barca por los *colleges*?

Beth se detiene y lo mira.

—Es la mejor manera de ver Cambridge —sigue diciendo el chico—. Por solo seis libras puede ver Queen's College, King's College, Clare College, Trinity College, Saint John's College...

—Yo...

—Disculpe, debería haberle explicado de qué estoy hablando. La Universidad de Cambridge es en realidad una confederación de treinta y una instituciones que se llaman

*colleges*. Todos tienen su propio recinto, sus propios jardines y sus propias capillas. Unos son grandes y otros son pequeños; algunos se fundaron en la Edad Media y otros después de la Segunda Guerra Mundial. Todo estudiante y todo profesor de la universidad está adscrito a uno de ellos, y desarrolla parte de su vida en ese ambiente. Quienes no pertenecen a la universidad tienen que pagar para acceder a cada uno de esos recintos; por eso nuestro tour en barca es la forma más económica de...

—Vivo aquí —acierta por fin a decir ella.

—Ah, vale. Disculpe.

—Paso delante de ti todas las mañ...

Antes de que Beth termine la frase el chico ya se ha acercado a una familia de aspecto hindú para ofrecer el tour en barca.

Ella retoma el paseo. Primero camina hasta Bridge Street y luego, siguiendo el curso del río, hasta Jesus Green. Va sin rumbo fijo, da vueltas por los parques, entra y sale de las callejuelas medievales. Se adentra en los barrios victorianos, con ventanas de doble cristal y jardines separados por murallas bajas; y también en los barrios de inmigrantes, con sus casas de empeño y sus tiendas de kebabs. No dijo a nadie que hoy iba a entregar la tesis, y se alegra de ello. No le apetece contestar los mensajes de sus hermanos, ni escuchar la voz de su madre, recién levantada en la fría mañana de Nueva Jersey y granulada por la alquimia del Skype. No quiere responder a sus preguntas sobre cuál va a ser su próximo paso, si se quedará en Inglaterra o volverá a Estados Unidos, si seguirá investigando sobre el cáncer o deberá encontrar alguna manera de reciclarse profesionalmente. Tampoco quiere notar, una vez más, lo forzado del interés de su madre, ni volver a oírle decir que bueno, que al menos ella no le preocupa, no como tus hermanos, no te creerás lo último, resulta que. No, lo único que a Beth le apetece hoy es dar vueltas por las calles, darle vueltas a la cabeza.

Por fin, en medio de una larga calle comercial, un par de gotas frías le golpean la frente. Beth levanta la vista y ve que las farolas se han encendido, que la lluvia cruza sus haces de luz, que la gente aprieta el paso a su alrededor. Se da cuenta de que está lejos de su casa y que no lleva ni paraguas ni capucha. Ve a lo lejos el letrero de un pub, y decide guarecerse en él hasta que escampe.

Al empujar la puerta la asalta el olor habitual de estos locales: una mezcla de cerveza, moqueta y carne de hamburguesa. El pub es de tamaño medio, con una larga barra a la izquierda y mesas de madera oscura a la derecha. Están todas ocupadas. En el aire bullen voces y ruido de cubiertos.

—¡Oye, tú!

El bullicio se esfuma. Beth distingue, al fondo del local, a un chico con gafas y perilla que lleva un micrófono en la mano. Los ramilletes de caras se vuelven primero hacia él, y luego hacia la puerta.

Hacia ella.

—¡Sí, tú, la de la puerta! ¿Quieres jugar?

Beth no acierta a responder. Un par de voces provenientes de las mesas gritan algo.

—¡Vosotros a callar! —les dice el chico. Ahora vuelve a dirigirse a ella—: ¡Venga, monada, que seguro que alguna de las mesas te incluye en su equipo! ¡O, si no, puedes ir con el solitario ese del fondo, el que pensaba que no le había visto!

Ahora todas las caras se vuelven hacia un joven de pelo corto y complexión morena que está de pie, apoyado en una de las paredes. Sostiene una pinta de cerveza, y fuerza una sonrisa.

—Creo que estoy bien así... —dice el chico finalmente.

Beth detecta en su voz un acento extranjero.

Por si la situación no resultase ya lo suficientemente confusa, en ese momento Beth nota una presión en la espalda, y se aparta para que se pueda abrir la puerta de la calle. Cruzan el umbral un chico y una chica, ambos empapados.

—¡Perfecto! ¡El Gran Espagueti Volador está de nuestra parte! ¡Ya tenéis a cuatro para formar equipo! —exclama el tipo del micrófono. En el pub solo se escucha el timbre metálico de sus palabras.

Los recién llegados miran a su alrededor, sorprendidos. La chica se pasa el borde de un pañuelo palestino por el pelo empapado, antes de preguntar:

—¿Equipo para qué?

—¡Esa es la actitud que me gusta! —responde el del micrófono—. ¡Vosotros dos, al igual que la chica que tenéis al lado y el solitario ese que está pegado a la pared, llegáis a tiempo para participar en nuestro legendario concurso de conocimientos! ¡Quince épicas rondas de preguntas y al final grandes premios para los equipos que tengan más puntos! ¡Venga, animaos! ¡Y los demás, ayudadme a convencerles! ¡Que se queeden, que se queeden...!

Resulta que los cuatro son estudiantes de posgrado en la universidad. La chica del pañuelo es británica, se llama Jane y es doctoranda en la Facultad de Filología Inglesa. Su acompañante es español, se llama Alejandro y también hace un doctorado, solo que en la Facultad de Historia. No parece que sean pareja, pero Beth siente que entre ellos hay una tensión extraña. Ella parece un poco ausente, mientras que a él se le ve inquieto, casi incómodo. Ambos tienen miradas inteligentes, aunque huidizas. Por su parte, el chico que estaba apoyado en la pared resulta ser mexicano. Cursa un máster en Economía y se presenta como Germán. Beth, descolocada por la dureza de la «g» y de la «r», tiene que pedirle un par de veces que repita el nombre. Debe de ser dos o tres años más joven que el resto del equipo; ella le echa unos veintidós, veintitrés. Parece educado y atento, quizá algo acartonado. Cuando le toca a ella explicarles qué hace, Beth dice que su investigación tiene que ver con el cáncer de mama, pero no menciona que acaba de depositar la tesis.

Sorprendentemente, los cuatro terminan últimos en el concurso, por detrás incluso del equipo de adolescentes con el pelo rapado que compiten bajo el nombre de «Rabos United». Los conocimientos acumulados por aquellos cuatro expertos resultan inútiles en las rondas de preguntas sobre presentadores de la BBC, sobre los escándalos de la familia real, sobre las especies de pájaros de las islas británicas. Ni siquiera tienen suerte en la ronda sobre literatura: la chica del pañuelo, experta en poesía vanguardista de comienzos del siglo XX, no puede hacer nada ante las preguntas sobre *Los juegos del hambre* y *Cincuenta sombras de Grey*. El presentador les preguntó al comienzo a qué se dedicaban, y ellos cometieron el error de decírselo; ahora, al finalizar cada ronda, les lanza pullas que son celebradas por el resto de los asistentes. Porque el pub está lejos de los *colleges* y la clientela es estrictamente local, gente que ha nacido y que trabaja en la ciudad, y a la que no hace ninguna gracia compartir las calles con niñatos a los que rodea un aura de privilegio.

—Si queréis probar suerte de nuevo, esto lo hacemos todas las semanas —les dice el presentador al final de la velada, cuando los premios ya están entregados y la gente empieza a marcharse. Se seca el sudor del cuello con la manga de la camisa, y a Beth le recuerda a un payaso que se estuviera quitando el maquillaje tras la función—. Y si venís al del miércoles que viene, os invito a la primera ronda.

Los cuatro estudiantes salen del pub. La noche ha escampado, y un frío silencio se extiende sobre las calles. La luz de las farolas se congela en los timbres de las bicicletas.

Se despiden. La verdad es que han pasado un rato agradable. Las pullas del presentador crearon cierta complicidad entre ellos, y el par de pintas que se ha tomado cada uno ayudó a tejer un ambiente ligero, simpático. Es cierto que la conexión entre ellos no pasó de lo superficial, y que el rollo raro entre el chico español y la chica británica en ningún momento desapareció del todo. Pero Beth se ha reído mucho, y se siente agradecida hacia aquel pub, aquella tormenta y aquellos desconocidos por lo que han supuesto estas horas.

—Si se animan, podríamos volver la semana que viene —dice el mexicano, Germán. Está subido a su bici, como la chica inglesa y el chico español. Beth es la única que ha venido a pie.

—No sé —responde Alejandro—. No me termina de gustar que una tontería como esta me haga sentir que lo que hacemos no sirve para nada.

—Bueno, no tenemos que hacer un plan firme —dice Jane—. Veamos cómo va la semana. Si al final volvemos, seguro que habrá sido por algo.

Beth ve alejarse a los tres erguidos sobre sus bicis. Al poco solo puede escuchar el sonido de sus propias pisadas sobre la acera. Se frota los brazos, intentando insuflar algo de calor a las mangas de su cárdigan.

Regresa a su casa pasando por el parque de Jesus Green, y cuando llega al puente se detiene y se acoda en la barandilla. El agua baja negra y brillante, y Beth distingue en la estela su propia imagen, congelada como una estatua que flotase hacia su desaparición.

# Domingo

\*

Beth entra en el Millenium Bridge por el extremo norte, el más cercano a la catedral de San Pablo. Su geometría blanca y delgada se estira suavemente sobre el río. Al fondo se alza la torre industrial de la Tate Modern, y Beth también puede distinguir el círculo de madera y cal del Globe. Si forzara la vista incluso podría ver ahora a Germán, que está bordeando aquel edificio y también se dirige hacia el puente; aunque a esta distancia ella sería incapaz de reconocerlo en ese perfil diminuto que camina por la orilla. Y, en cualquier caso, Beth no se está fijando tanto en el otro lado del río como en las parejas y las familias de turistas que posan al lado de la barandilla, y en cuyas fotos trata de evitar meterse.

Por fin encuentra un hueco desocupado y decide acodarse en él. El atardecer es fresco, pero no inhóspito. El río baja ancho, alborotado, gris pardo o marrón grisáceo. Beth se pregunta por el peso de tanta agua, por todo lo que yacerá aplastado bajo ella. Sabe que ha habido ballenas que se desorientan en el estuario del Támesis y que nadan río arriba, llegando en ocasiones hasta el mismo Londres, donde inevitablemente mueren. Se imagina ahora sus enormes esqueletos bajo la superficie del río, el agua circulando velozmente por las cuencas de los ojos.

Beth contempla ese inmenso cementerio, pero se da cuenta de que no le llama. Más bien siente que sus pies están firmes a este lado de la barandilla. El viento trae un olor a cacahuetes tostados de los puestos que hay frente al museo, y ella aspira con fuerza. Luego, al posar la vista sobre sus brazos, se da cuenta de que en el envés de la muñeca aún luce el sello que le pusieron al entrar en Fabric. Sonríe y, sin pensarlo del todo, llevada por un impulso inesperado y alegre, le hace una foto con el móvil. Después envía la imagen a Jason, y se vuelve a guardar el teléfono en el bolso.

Los primeros gritos alcanzan sus oídos unas milésimas antes de que lleguen a los de Germán. Este aún está subiendo las escaleras del otro extremo del puente, y su

mirada abarca una sucesión de escalones y zapatillas. Los gritos son urgentes, espontáneos, y se extienden como un relámpago. Germán nota que algo se tensa en su estómago, pero, preso de la inercia, termina de subir los dos últimos peldaños. Ahí contempla el tiempo congelado. Su mirada abarca los cuerpos cercanos, vueltos en un tenso escorzo; los cuerpos que hay a media distancia, suspendidos al comienzo de la huida; y los cuerpos del fondo, desplomados como muñecos. Los únicos cuerpos que parecen moverse en aquel instante son los tres que se escurren como morenas entre las rocas, descargando mordiscos con terrorífica eficacia. Se aproximan a un cuerpo y ese cuerpo cae, se aproximan a otro cuerpo y ese cuerpo también cae. Sus trayectorias individuales convergen de pronto sobre un cuerpo femenino, y los golpes descienden triplemente, con peso y con saña.

Germán detecta entonces dos movimientos que se desarrollan en una oposición perfecta. Por un lado, unas cuantas personas corren hacia los atacantes. Por el otro lado, una estampida de gente huye en la dirección de Germán.

Él no decide nada. Sencillamente da media vuelta, baja las escaleras y comienza a correr.

\*

Ya es de noche cuando Jane y Alejandro suben de nuevo en el destartalado ascensor del Chelsea. Han pasado el camino de vuelta al hotel riéndose de alguna tontería. Quizá lo que desencadenó la risa floja fue la historia de él insultando borracho a Silvia. O quizá fue cualquiera de las muchas que Jane guarda de sus años plantando garbanzos en jardines ciudadanos de Londres. Difícil recordarlo ahora: van algo achispados tras beber un par de cervezas durante la cena, y un par más en un local de jazz al que fueron después. Allí escucharon durante un rato a una cantante negra que alternaba el cancionero de Cole Porter con versiones de otros éxitos, como «Blackbird» de los Beatles:

*All your life*



*You were only waiting for this moment to arise.\**

Cuando al fin salieron del bar la noche pendía luminosa sobre Manhattan. Alejandro había puesto su brazo alrededor de los hombros de Jane, y ella había sonreído.

Ahora el ascensor llega por fin a su piso, y los dos salen al pasillo. De pronto se encuentran sin nada que decir, como si hubiese algo en el aire que pidiera ser respetado. La moqueta roja que silencia sus pasos enfatiza la inesperada suavidad del momento. Al final Jane introduce la llave en la cerradura de la habitación, y empuja la puerta.

En unos segundos se están besando sobre la cama. Al suelo caen camisas, pantalones y ropa interior. Se abrazan desnudos, tiran de la colcha y ella lo cabalga sobre las sábanas azules.

---

\* «Toda tu vida / has estado esperando que llegara este momento.»

# Lunes

«Y para darnos toda la perspectiva sobre este terrible atentado tenemos *en exclusiva* el testimonio de un mexicano que estaba *en* el puente *en* el momento en que se produjo el ataque. Se trata de Germán Sotillo, un joven de la Ciudad de México que en la actualidad reside en Inglaterra y que nos habla por conexión telefónica. Señor Sotillo, buenos días.»

«Buenos días.»

«Señor Sotillo, muchas gracias por atender la llamada de Hechos AM. Tengo entendido que usted se encontraba en el Millenium Bridge de Londres en el momento del atentado, ¿es correcto?»

«Así es.»

«¿Y puede describirnos lo que vio?»

«Sí, yo estaba subiendo las escaleras que llevan al puente por el extremo sur, donde queda la Tate Modern. Y de pronto escuché un montón de gritos y vi que en el lado opuesto a donde me encontraba yo había tres hombres que estaban atacando a varias personas. Y el resto de los que estaban en el puente empezaban a correr, huyendo de ellos, aunque también había algunos que corrían a socorrer a las víctimas.»

«Entonces, ¿usted vio a los terroristas?»

«Así es.»

«¿Podría describirnos su aspecto o qué tipo de armas portaban?»

«Lo cierto es que no. Todo sucedió muy deprisa.»

«Ajá. ¿Y qué sucedió después?»

Se produce un silencio cubierto de estática.

«¿Señor Sotillo?»

«Sí, disculpe. Yo corrí para huir de los terroristas. Bajé las escaleras y luego corrí hacia el museo, pero en vez de entrar lo rodeé y seguí corriendo por las calles que están atrás del edificio. Vi una parada de taxis y me subí a uno que me regresó a mi hotel.»

«Bueno, nosotros y seguramente todos nuestros telespectadores también nos alegramos de que lograra escapar sano y salvo de aquella situación. ¿Podría confirmarnos si el puente se encontraba muy concurrido en el momento del ataque?»

«Sí, sin duda. No podría darle un número estimado, pero la zona en la que se ubica el puente es muy popular. Siempre hay turistas, y también muchos londinenses.»

«Una última pregunta, señor Sotillo, si es tan amable. Sabemos que las autoridades británicas elevaron el nivel de alerta antiterrorista hace unos días. ¿Le ha sorprendido a usted, por tanto, que este ataque se haya producido?»

«Sinceramente, sí. Inglaterra es muy distinta de México, en el sentido de que acá casi nunca se ven guardias armados por las calles. Uno se siente muy seguro aquí, siempre.»

«Señor Sotillo, le agradecemos que haya atendido la llamada de Hechos AM.»

«Gracias a ustedes.»

«Aquí lo oyeron primero, el testimonio de un superviviente del ataque de Londres, *en exclusiva* para...»

La voz se corta de repente, y un vacío se adueña del auricular. Luego se oyen varios rasguídos y, al final, la voz de Elena.

—Germán, mi amor.

—Sí.

—Mil gracias. Hablaste muy bien. Me dice el director de noticieros que te dé las gracias de parte de todo el equipo, que es un gran éxito tener un testimonio de primera mano. Igual y me ascienden solo por esto. Bueno, ¿qué vas a hacer ahora?

—Aún tengo un montón de mensajes de familiares y de amigos por contestar. Luego llamaré a la policía para ver si necesitan de mi testimonio. Y luego supongo que regresaré a Cambridge.

—Muy bien. Yo tengo que seguir ayudando con el programa pero te llamo en unas horas, ¿ok?

—Ok.

—Mi amor, sé que todo ha debido de impresionarte mucho. Pero recuerda que en dos días nomás estaré contigo, en persona.

—Lo sé.

\*

Lo primero que ve Alejandro al despertarse es la silueta de Jane, recortada contra la ventana. Está sentada en el alféizar, lleva puesta una camiseta de tirantes y estira distraídamente las piernas desnudas. La luz de la mañana redondea sus contornos, enfatiza su presencia, su corporalidad. Tiene la mirada absorta en el móvil, que sostiene con ambas manos.

Alejandro la contempla sin decir nada durante unos segundos, y poco a poco le invade una sensación de extrañeza.

—Buenos días —dice finalmente.

Jane levanta la vista del móvil y le sonríe.

—Buenos días.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?

—Solo media hora. Me despertó la vibración del móvil..., ha habido un atentado en Londres.

—No jodas.

—Sí. Bueno, dentro de lo que cabe no parece que fuese muy serio. Tres islamistas con cuchillos que empezaron a apuñalar a gente en el Millenium Bridge. La policía llegó en un par de minutos y se los cargó.

—¿Hay muertos?

—Sí, dicen que hay cinco muertes confirmadas y varias personas más en situación crítica. O sea que el número final puede ser más alto. Ya puestos, me parece que tu móvil ha estado recibiendo alertas, o quizá eran mensajes —añade, señalando los vaqueros de Alejandro. Están en el suelo, caídos en un eje vertical casi perfecto, como si su antiguo portador se hubiese desvanecido en el aire.

—Gracias —dice él, estirándose sobre la cama para alcanzarlos.

Guardan silencio mientras realizan las comprobaciones de rigor. Dada la diferencia horaria entre Nueva York y Londres, la gran mayoría de sus amigos y conocidos ya han subido mensajes a las redes sociales anunciando que están a salvo. A los diez minutos empieza a estar claro que no conocen a nadie que estuviera cerca del lugar del atentado cuando este se produjo.

—Qué mal —dice Jane finalmente—. Qué mal cuerpo se le queda a uno con estas cosas.

—Pues sí —responde Alejandro, dejando el móvil sobre la mesilla de noche—. Bueno, ¿bajamos a desayunar?

\*

En un sentido, el cuerpo de Beth supone una pieza de análisis muy sencilla para la policía. La defunción fue certificada en la misma escena del atentado, después de que las fuerzas de seguridad acribillaran a los terroristas y los paramédicos corrieran al puente a ayudar a las víctimas. Los que se arrodillaron junto al cuerpo de Beth vieron inmediatamente que había muy poco que hacer. Si bien podían taponar las heridas del abdomen por las que aún sangraba copiosamente, el tajo que abría la garganta en una negra sonrisa anunciaba lo peor. Diecisiete minutos después, en una de las decenas de

ambulancias que se habían movilizado hasta la zona, los paramédicos comenzaban el papeleo para registrar la muerte de aquella joven cuyo pelo aún estaba recogido en una coleta. La autopsia que se realizó unas horas después certificó que el cuerpo había recibido ocho puñaladas, de diámetro variable y con distintos ángulos de entrada, lo cual sugería que sobre ella convergieron al menos dos atacantes. Cinco de las puñaladas se concentraban en la zona del bajo vientre, rozando el hueso púbico; dos se hundían en el pecho izquierdo, de forma prácticamente paralela; y la novena había entrado limpiamente en el delgado cuello.

Tampoco hay muchas dudas acerca de quiénes son los asesinos. Doce horas después de ser abatidos por la policía, los rostros de Younas Adebawale, Salman Abaaoud y Abdelhamid Abedi ya están en los medios —Alejandro y Jane los han podido ver en la portada de la aplicación para móviles de la BBC—, junto con algunos datos biográficos. Los tres son hijos de inmigrantes (nigerianos en el caso de Adebawale, libios en el de Abaaoud, tunecinos en el de Abedi) nacidos y educados en Reino Unido. En unas horas más saldrá a la luz que pertenecen —o pertenecían— a un grupúsculo islamista que comenzó formando parte de la red de Al Qaeda, pero que se ha hecho fuerte a raíz de la guerra civil siria y empieza a operar por su cuenta.

También trascenderá que los servicios de seguridad habían recibido un soplo acerca del plan de aquella célula de inmortalarse el sábado en el centro de Londres, aprovechando que la policía estaría concentrada en la manifestación antirrecortes. Iba a ser la primera gran acción de su grupo en Europa, el atentado con el que anunciarían su existencia al mundo y atraerían a jóvenes islamistas a luchar en Siria por un nuevo califato. El aviso a la policía, sin embargo, había provocado la inmediata subida de la alerta antiterrorista y había desencadenado varias redadas —un poco a ciegas y a contrarreloj— en su entorno. En una de ellas, la policía detuvo al cuarto miembro de su célula e incautó los explosivos que estaba custodiando. Pero Adebawale, Abaaoud y Abedi estaban lejos del piso franco en el momento de las redadas, y lograron escabullirse y pasar escondidos la noche del sábado. Tras concluir que no podían confiar en su red de apoyo para una posible huida, y recalcar que de cualquier forma iban a morir ese fin de semana, urdieron el plan de atacar Millenium Bridge y llevarse por delante a cuantos infieles pudieran.

Abedi, el más joven de los tres y el que más febrilmente vivió aquellas horas entre la redada y el atentado, había mostrado cierta oposición a aquel plan: si esa era la zona en la que iban a atentar, lo idóneo sería correr en la dirección de la catedral de San

Pablo y acuchillar a los infieles en el templo de su falso dios. Pero Abaaoud argumentó que la seguridad era demasiado fuerte en la catedral, y que los policías los abatirían en cuanto desenvainaran sus cuchillos. Dirigirse hacia el puente, por otro lado, les permitiría ajusticiar a un buen número de infieles a la sombra del gran templo apóstata. Adebowale, que estaba bastante bloqueado por la situación pero siempre respondía bien a la claridad de ideas de Abaaoud, se mostró de acuerdo con aquellos razonamientos, y Abedi finalmente dio su brazo a torcer. Los investigadores, por otro lado, nunca tendrán noticia de esta discusión.

Tampoco hay muchas dudas en cuanto al recorrido de los asesinos antes de llegar a Beth. Primero condujeron una furgoneta a toda velocidad por Queen Victoria Street y giraron bruscamente al llegar al animado paso de cebra que separa las inmediaciones de la catedral de las del Millenium Bridge. Tras arrollar a varias personas bajaron del vehículo y corrieron en dirección al puente, acuchillando a cuantos se encontraban de camino. En este sentido, la policía constatará una peculiaridad: el recorrido de Adebowale, Abaaoud y Abedi por los ciento treinta metros de acera que separan la carretera del puente se saldó con doce heridos y dos muertos; mientras que los ciento cincuenta metros de puente que recorrieron antes de ser abatidos arrojaron un saldo final de siete heridos y ocho muertos. La policía concluirá que esta discrepancia se debe a que, tras saltar del vehículo, los terroristas corrían con suficiente miedo y adrenalina para apuñalar a cada víctima solo una o dos veces, produciendo en muchos casos cortes superficiales que los paramédicos pudieron tratar en cuanto llegaron al lugar del atentado. Una vez en el puente, sin embargo, los terroristas debieron de intuir que el fin estaba cerca y se emplearon a fondo con cada una de las víctimas, llegando en ocasiones a atacarlas entre dos o incluso (como sucedió en el caso de Beth) entre los tres. En cualquier caso, fue poco después de rematar a aquella chica cuando se les echaron encima tres jóvenes que habían corrido desde el otro lado del puente. Dos de ellos intentaron golpear a los terroristas con sus mochilas, y el tercero hizo lo mismo con un monopatín. Adebowale mató a uno de ellos, clavándole uno de sus cuchillos de veinticuatro centímetros primero en el hombro y luego, limpiamente, en el corazón. Abaaoud y Abedi tiraron al suelo a los otros dos, y se agachaban para rematarlos cuando la policía empezó a disparar.

La identificación del cadáver de Beth, sin embargo, resulta mucho más complicada. Los bolsillos de la chaqueta que llevaba puesta están vacíos, y tras cuatro horas de investigación los policías concluyen que ninguno de los bolsos o de las

mochilas encontrados en el puente le pertenece. La principal hipótesis, por tanto, es que la víctima llevaba sus pertenencias (móvil, cartera, carnés) en un bolso que cayó al río durante el ataque; el lugar en el que se encontró el cadáver, tirado junto a la barandilla, refuerza esta posibilidad. Así pues, la policía opta de momento por esperar a que alguno de los familiares o amigos de la víctima denuncien su desaparición, y que de ahí puedan extraer una descripción física que case con aquel cadáver anónimo. Así está sucediendo ya con algunas de las otras víctimas del atentado.

Pero en el caso de Beth, ninguno de sus familiares está al tanto de su decisión de ir a Londres en la noche del sábado. Y de la escasa gente que la conoce en Cambridge, solo su compañero del laboratorio, Jason, sabe que pasó la noche del sábado en Fabric. La discoteca queda, además, algo lejos del Millenium Bridge, con lo cual Jason no tiene razón para sospechar nada. Es cierto que en la foto que Beth le envió desde el puente se puede ver, en la esquina inferior izquierda, la barra blanca de una de las barandillas, y que en el costado derecho asoma la mancha gris del río. Pero el centro de la imagen es el delgado antebrazo sobre el que aún se puede distinguir el sello de la discoteca; y al verlo Jason no hizo otra cosa que contestar un «xDDD así m gusta!!!» y olvidarse del tema.

Por otro lado, el chico en cuya cama Beth despertó la última mañana de su vida sigue sin tener ni idea de quién era aquella americana con la que ligó en la discoteca.